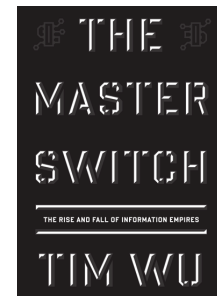


Crítica de libros

Wu, T. *The Master Switch: The Rise and Fall of Information Empires*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2010, 366 p. ISBN: 978-0307269935

POR TOM GLAISYER

Miembro de la Knight Media Policy Fellowship de The New America Foundation y doctorando en comunicación de la Columbia University (Nueva York)



The Master Switch, de Tim Wu, es un libro imprescindible debido a tres cosas: su extraordinaria legibilidad, el prestigio de su autor en múltiples ámbitos de la sociedad estadounidense y la profundidad de los argumentos que expone al vincular el desarrollo del teléfono, la radio, la televisión y el sector del cine e internet.

Wu es un destacado profesor de derecho de la Columbia Law School, columnista de Slate (una web con una significativa popularidad), defensor de la política, como él mismo se ha descrito, como presidente de la junta de Free Press (probablemente la mayor organización de defensa de la reforma de los medios de comunicación en Estados Unidos) y miembro de Future Tense, de The New America Foundation. Teniendo en cuenta estas múltiples funciones, tiene legitimidad, tanto en el mundo jurídico académico como en la cultura popular, y las ideas formuladas en el libro respecto al sector de la información serán, sin lugar a dudas, esgrimidas o criticadas en los debates políticos en curso tanto dentro como fuera de Estados Unidos.

El libro, no sin ambición, presenta una historia de la industria de la comunicación en Estados Unidos desde 1861 hasta la actualidad. Aunque sólo realiza referencias ocasionales a dicho sector fuera de las fronteras estadounidenses, lo hace de acuerdo con lo que Wu llama “el ciclo” que, según afirma, siguen todos los imperios culturales y de comunicaciones. El ciclo comienza con la invención tecnológica en cuestión, la centralización posterior del control sobre dicha invención y, finalmente, su disolución (ya sea como resultado de la intervención del regulador o de una nueva innovación tecnológica). Su relato es rico en breves descripciones de los protagonistas principales –los líderes del sector, los reguladores y los inventores de lo que él describe como disrupciones *schumpeterianas*–, así como lo que él considera los movimientos clave realizados por dichos actores.

A pesar de no decirlo claramente, se solidariza de forma evidente con los inventores agraviados, contempla las acciones de los reguladores de forma crítica y con escepticismo, y considera a los sectores poderosos (en su mayor parte) responsables

del estado de la infraestructura de los medios de comunicación y de las comunicaciones eléctricas y electrónicas. Su relato, escrito para ser consumido por un público no académico, es necesariamente parcial. Relega la disolución de AT&T a ocho páginas, algo que Steve Coll abordó, en su libro de 1986, en más de 380 páginas. Más recientemente, el libro *Network Nation: Inventing American Telecommunications*, del profesor de Columbia Richard R. John –una obra indiscutiblemente basada en fuentes más primarias– refleja la historia únicamente de la era de formación de las comunicaciones eléctricas, el telégrafo y el teléfono entre 1840 y 1920 en más de 413 páginas.

Ambas comparaciones, sin embargo, se refieren a libros que, a pesar de que utilizan muchas más fuentes primarias, no pretenden lo que Wu busca en el tramo final de su libro: mirar al futuro y “afrontar la cuestión que la historia planteada hasta ahora pretende ayudarnos a responder, ¿internet es realmente diferente?... ¿Qué es más poderoso: el radicalismo de internet o la inevitabilidad del ciclo?” (p. 256). En este punto se evidencia su faceta de profesor de derecho. En el último capítulo expone un sucinto argumento normativo en favor de “un principio de separación de la economía de la información.” A su manera, Wu resucita y profundiza en una política que ha descrito anteriormente (p. 184), presentada por la Casa Blanca en la época del presidente Nixon con respecto a la televisión por cable, y lo hace (como suele hacerlo un profesor de derecho) de tal forma que los responsables políticos y otros actores podrían verse influenciados por lo que señala. Este argumento es formulado y resumido en las últimas 21 páginas.

La propuesta de Wu –que también fue el autor del concepto de “neutralidad de la red,” una idea que caracteriza como una resurrección actual del “transporte común de una industria del siglo xxi” (p. 311)– es vista como necesaria para que la industria siga existiendo. Aunque se refiere a su “principio de separación” como constitucional, no está incluido como una enmienda a la Constitución de Estados Unidos, sino como “una norma tomada como un axioma” (nota al pie de la página 308), un llamamiento, efectivamente, a todos los actores

para mantener la discreción con respecto a “cada una de las principales funciones o estratos en la economía de la información” (p. 304), es decir, quienes proporcionan el canal no deberían ser propietarios del contenido. También sostiene que es preciso que los reguladores mantengan las distancias y no favorezcan una tecnología o una compañía, sino que actúen “como un control del poder privado, no como una ayuda” (p. 308). Reconoce que se perderán algunos de los “beneficios de la concentración y la acción unificada” (p. 305), pero todavía considera válido su principio de separación, ya que su aplicación dará a conocer la innovación y preservará la libertad de expresión a través de “la promoción de un entorno práctico en el que puede materializarse el ideal” (p. 306).

Wu destaca la importancia de este último punto, a diferencia de los antiguos monopolios de la información y las soluciones tecnológicas (como las de los equipos de última generación de Apple), dada la eficacia del diseño único de internet, que ha dado lugar a la convergencia de las comunicaciones. De resultados, su control por parte de un pequeño número de imperios corporativos de información podría ser muy problemático dada la actual “sociedad en la que la información electrónica constituye el sustrato de gran parte de la vida cotidiana” (p. 319).

Si consideramos que el tema abordado es lo suficientemente importante (como es mi caso), su llamada a una regulación más eficaz (a través de los órganos y la regulación existentes) y el control del sector (algo que parece no existir en la actualidad) parece inadecuada. Incluso el propio Wu admite que la llamada a la autorregulación podría ser considerada como “absolutamente ingenua” (p. 313). Teniendo en cuenta la historia que Wu relata, en la que los inventores han sido estafados tanto con respecto al crédito intelectual como a la riqueza financiera, con inventos relegados a un cuarto trasero hasta la caída de un imperio (véase la página 106, en la que se menciona la invención de un magnetófono, en la década de 1930, una tecnología sumamente útil para contestadores automáticos aún sin explotar ya que fue considerada una amenaza para el uso del teléfono, y las páginas 129-135, en las que se exponen las demoras reglamentarias propuestas por la NBC sobre la radio FM (incluida la trágica decisión de su inventor de quitarse la vida), su llamamiento al control del sector, aunque fundamentado en ejemplos actuales, parece demasiado optimista. Por otra parte, el estilo narrativo y la naturaleza de resumen de gran parte de la historia que relata el libro deja a Wu abierto a la crítica, como mínimo, con respecto al inadecuado registro de la economía política que proporciona para formular el argumento que presenta, o el hecho que se equivoca en el énfasis sobre uno u otro actor o evento. Por ejemplo, el hecho de que mencione sólo de pasada los acontecimientos de fuera de Estados Unidos o de que no mencione la introducción de los teléfonos móviles, y se refiera ligeramente al fax sólo sirve para evidenciar que no todas las tecnologías de la comunicación se examinan por igual.

Dicho esto, cabe señalar que el libro es una introducción notablemente legible con respecto al auge y la caída de varios

imperios de la comunicación de Estados Unidos, y su regulación, planteando y proporcionando una respuesta a una cuestión tal vez clave de nuestro tiempo: ¿Por qué son importantes y bajo qué principios deberían operar y ser regulados estos sectores? El hecho de que responda a estas preguntas con una claridad con la que los reguladores, los políticos y los líderes del sector han sido incapaces de hacerlo hasta el momento, incluso después de que el presidente Obama hiciera campaña sobre la “neutralidad de la red”, sugiere que el capítulo final del libro puede ser un testimonio de lo que podría haber sido en lugar de lo que será. Sólo el tiempo dirá si los políticos y la industria prestan atención a la llamada de Wu.

Referencias

COLL, S. *The Deal of the Century: The Breakup of AT&T*. Nueva York: Atheneum, 1986 400 p. ISBN-13: 978-0689117572

JOHN, R. R. *Network Nation: Inventing American Telecommunications*. Cambridge, MA: Belknap Press of Harvard University Press, 2010 p. 520. ISBN-13: 978-0674024298